

Enric V. Alepuz Llopis

YO PONGO EL MUERTO



Ediciones
Alféizar

© 2018

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - La Alquería de la Condesa - Valencia - España

Copyright texto: Enric V. Alepuz Llopis

Ilustraciones interiores: Jesús Galiano Osma

Autor portada: Enrico Pitton

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

ISBN-13:978-84-948248-9-0

Depósito Legal:

Dedicado a:

Jesús Galiano Osma, por sus dibujos.

Angelita González, por su paciencia.

Ana María Martínez, por su aportación.

Ediciones Alféizar, por su apuesta.

Ustedes, lectores, por su atrevimiento.

*“Las historias narradas con sarcasmo parecen menos
terribles”.*

*A Don José Escobar Saliente.
Depurado por el régimen franquista y condenado a prisión.
Creador de Carpanta,
personaje eternamente hambriento,
imagen de las penurias de los españoles de la posguerra.*

Índice:

I. El plan

1. La propuesta	Pág. 15
2. Manel Company.	Pág. 29
3. Lola la del casino	Pág. 31
4. Miquel	Pág. 35
5. Rafel	Pág. 45
6. El tito Ramón	Pág. 53
7. El bombardeo	Pág. 61
8. La reunión	Pág. 69
9. La mala noticia	Pág. 73
10. La conferencia telefónica	Pág. 81
11. La tanatoestética	Pág. 89
12. Vicenta Expósito	Pág. 95
13. La odisea de Vicenta Expósito	Pág. 109
14. Josep Albalat	Pág. 117

II. Los preparativos

15. La comitiva	Pág. 129
16. Llega el cadáver	Pág. 135
17. Joan Menovell, Meno	Pág. 141
18. En la taberna del Chato	Pág. 147
19. La masada del marqués	Pág. 161
20. El velatorio	Pág. 175
21. El estraperlo	Pág. 185

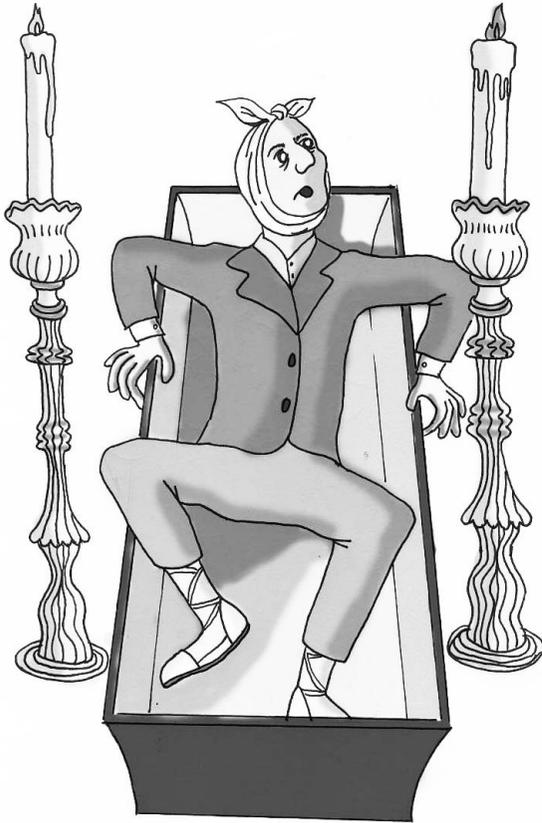
III. El resultado

22. La tragedia	Pág. 193
23. La mejor solución	Pág. 203
24. Cambio de planes	Pág. 209
25. Mosén Albert	Pág. 213
26. Llegó la noticia	Pág. 223
27. El viaje	Pág. 229
28. Las pesadillas	Pág. 241
29. El auxilio social	Pág. 247
30. Epílogo	Pág. 257

La guerra trae de la mano a la posguerra, esto es así. Y si una es mala la otra es peor.

Basado en un hecho irreal (*no*) acaecido en un pueblo ficticio de la España profunda en una época que nunca debió de existir.

I
El plan



1

La propuesta

Del arrabal a la plaza.

La mirada, así como perdida. Abstraído. La cabeza, en otra parte. ¿Miedo? Puede que un poco. ¿Hambre? Por supuesto. ¿Aventura a la vista? También de eso, e incluso puede que más que de lo otro. Por el desgastado suelo de las calles del casco viejo, ya de noche, Manel Company anda a buen paso. La calzada es angosta y tiene que subir precipitadamente a la acera para dejar paso a un ciclista que le recrimina su despiste, *abre los ojos, ¡leches!, mira por dónde andas*, pulsando varias veces el timbre de la bicicleta. Llegando a su altura el joven levanta la mano para disculparse, *perdón, no te había visto, lo siento*. El ciclista acepta la excusa y aúpa el culo del sillín para pedalear con más brío, la cuesta del Cantalar es empinada. Callejuela abajo, y ahora sí, por la acera, la que le llevará a casa de su amigo si no la deja, Manel reemprende la andada todavía enfrascado en sus pensamientos. Algo trama. O le preocupa. ¿Qué trama o le preocupa? Pues que tiene un pensamiento turbio cociendo en la sesera y no sabe cómo se lo tomarán sus amigos cuando luego se lo cuente. Cree haber dado con la receta para hartarse de comer hasta reventar. Esto casa que ni pintado con su naturaleza taimada. Y puede que esté relacionado con lo que soñó esta misma tarde, cuando la preceptiva siesta,

que mientras uno duerme no come y el tiempo parece que galope. Soñó que estaba ante una mesa colmada de alimentos. Hasta los bordes. Tan larga que no se veía la otra punta. Toda para él. Se puso ciego, vamos. Pero un sueño es un sueño, y cuando se desvanece las señales del hambre llevan a uno de la oreja de vuelta a la realidad. Al despertar notó un inquietante mareo y un leve dolor de cabeza. Después, flojedad en las piernas. Así se manifiesta el hambre cuando el estómago arranca en falso. Las consecuencias, estas dos: un humor de perros que no se aguanta ni a sí mismo y una idea descabellada que lleva más de dos horas adentro sin podérsela arrancar ni con una pata de cabra. Año 1946 en Benirrambla del Marquesat (Valencia), hambre y miedo superpuestos. Lo peor de la guerra, la posguerra; y de la posguerra, el hambre. Aunque el hambre, así bien mirado, agudiza el ingenio, y consigue que el lerdo se convierta en avisado, que más enseñan las penurias que diez maestros de escuela, dijo en su tiempo alguien de mucho caletre. El hambre achucha que no veas a enfrentarse con lo que se tercie, hasta con uno mismo si hace falta. Contra sus principios, sus valores, sus ideales, sus miedos... Puro instinto de supervivencia, será eso.

—¿Qué hay?, Manel.

Tan inmerso en sus pensamientos marcha que casi se da de bruces con su amigo Rafel Borrell, *¡la madre que te!, qué susto me has dado, “jodío”*, que acababa de salir de su casa.

Rafel, taciturno de carácter, pronto se acopla al ritmo ligero que impone su amigo y continúan andando, en

silencio, esta vez calle arriba, hacia la plaza de la Iglesia. Solo abren la boca para coger aire, cuesta arriba ya se sabe.

Cerca del templo Rafel rompe el silencio, *para aquí, será solo un momento*, pidiendo un tiempo muerto para beber en la fuente que tiene ahí delante mismo, a su alcance, que la noche es cálida y la escarpa empinada. Retoman la marcha arrimados a los muros de la vieja iglesia parroquial, el callizo no tiene aceras, no caben en su trazado. Súbitamente, un hecho les atrapa la atención y se paran un instante. Alguien, probablemente un adolescente, ha pintado un corazón con dos letras y una flecha en la pared lateral del templo. Aún está reciente la pintura, *qué falta de respeto, a quién se le ocurre. No creo que lo limpie el cura, ese no se agacha ni para atarse la cordonera, ¡la madre que lo!*

Después de sobrepasar la barbería tercian a la izquierda y bajan por General Mola, la que lleva a la plaza. Pero antes, con un gesto presumido Manel Company mira de soslayo la luna del escaparate del comercio de telas de Ramón Cuenca e Hijos para contemplar su imagen al completo. Sin dobleces que valgan, se sitúa ante el espejo y con la mano como peine coloca en su sitio la greña que le cae rebelde sobre la frente. Luego se aúpa la trinchera de los pantalones con un gracioso gesto. Todo en orden. Respira hondo y cierra los ojos: adelante, allá vamos. Que Dios reparta suerte que la va a necesitar.

Son algo más de las diez cuando entran en la Plaza Mayor, ágora municipal y escenario de los acontecimientos más trascendentes de Benirrambla, todavía sin soltar prenda.

Toman asiento en la barandilla circular de la fuente dejando que el agua fría que manan sus caños, esparcida por la brisa de la noche, les refresque la espalda. Aún sin piar, Manel aprovecha el mutismo de su amigo para organizar la estrategia a seguir. Sabe que Miquel, el que falta por llegar, puede ser un hándicap para su plan, tiene el vicio de pensar y eso es peligroso para sus intereses. Los tres se conocen a la perfección. Desde niños. Perdieron a sus padres en la preguerra, en la guerra o en la posguerra. Les une la orfandad. El mismo dolor. La misma rabia. La misma gazuza. Miquel será difícil de convencer, cierto que sí.

A veinte pasos, sentado en el alféizar de la ventana del Cervantes, aguarda el tercero de la terna: Miquel Lluch. El bar Cervantes, el Gran Café Cervantes —más popularmente: el Casino—, se ubica en la parte izquierda de la Plaza Mayor si miras desde el ayuntamiento. Se trata de un inmueble construido a principio de los veinte cuando el campesinado y la pujante pequeña burguesía rural precisaban de un lugar de reuniones y esparcimiento para distraerse y olvidar los problemas cotidianos. En los detalles de la fachada puede leerse el tímido paso del modernismo por la población. Profusión de molduras y remate en forma de balaustrada, todo combinado con sencillez para darle el carácter de modesta importancia que exigía la sociedad rural pre-republicana del momento. Siempre se ha dicho que el Cervantes fue la respuesta del campesinado ante un incipiente Círculo Industrial que no prosperó fundado por la burguesía de Benirrambla del Marquesat, reducida pero

fuerte, voluntariamente aislada del resto de la sociedad. La eterna batalla de siempre: burguesía versus proletariado. Goliat contra David. Azules y rojos.

Y a cien metros escasos, la competencia, su complemento circunstancial, el otro bar: el bar La Plaza, más conocido como la taberna del Chato. El espacio donde convergen a media tarde los que se juegan los cuartos. El refugio preferido de los que suelen ahogar sus amarguras en el fondo de un vaso de vino preferentemente tinto y forzosamente peleón, porque su parroquia es comprensiva; el Chato, paciente; y la costumbre, ya instalada; y porque siempre hay alguien dispuesto a escuchar sus ahogos sin preguntar demasiado. El rincón de los que escapan del bullicio del Casino cuando ya empiezan a estar hartos de tanta jarana. El auditorio ideal para los que quieran escuchar al joven Matías Prats narrar con pelos y señales los apabullantes triunfos del Real Madrid en la copa del Generalísimo calentando en la mano un vasillo de vino del terreno. Otro carácter, otro estilo. Más tranquilo, menos pretensiones, como sacado de un tango porteño. Las mismas moscas. La misma perola de habas con hierbabuena cociendo en los fogones atafagando el ambiente como un botafumeiro. Una barra, seis taburetes encima de una esterilla crujiente de cáscara de cacahuete y dos mesas con sus sillas, ¿para qué más? Lo justo para las timbas que se alargan hasta la media noche. Mientras se juega a las cartas no se habla de política. Quizá de fútbol y toros. Y el que busque ambrosías

culinarias que no vaya, se equivocó de sitio, este zaquizamí solo ofrece compañía y emociones, y poca cosa más.

Miquel se percata de la presencia de sus amigos y acude al encuentro con estudiados pasos. Ya estamos todos, pues adelante con los faroles.

—¿A qué viene tanta bulla? —directamente a Manel, frunciendo la frente, levantando los hombros y plegando los labios en un rictus de extrañeza.

Manel expone su idea, *este sábado, si hacemos las cosas bien nos ponemos las botas, chicos*, sin entrar en detalles, los detalles vendrán luego.

Miquel y Rafel cruzan miradas.

Silencio.

Ningún comentario.

Manel se inquieta. Su lenguaje corporal revela nerviosismo. No sabe qué hacer con las manos. Por fin encuentra solución rascándose la cabeza y la misma greña rebelde de siempre se escapa de su mata. Y otra vez el mismo peine actuando de oficio.

—Ya —Miquel, sin demostrar entusiasmo, puede que hasta fingiendo indiferencia—. Y explícanos eso de hacer las cosas bien, que...

Manel, de carácter vehemente, escucha a su amigo y lo mira con dureza. Respira hondo y calla, sabe lo que anda en juego. Aprieta los labios. Cierra los puños, *¡la madre que te!*, hasta dejar blancos los nudillos. A veces ocurre: entre ellos saltan chispas. Caracteres opuestos. Pero esta noche la gresca está prohibida si se quiere llegar a un consenso.

Rafel mantiene la cabeza gacha. De cuando en cuando levanta la mirada para observar a uno y a otro.

Por fin interviene:

—¿Otra vez a la greña, para variar? Deja que hable ¡puñetas! —dirigiéndose a Miquel, con voz grave.

Rafel es hombre de pocas palabras. Frases cortas y directas. El año y medio que pasó ejerciendo de topo metido en un tonel avinagró su carácter y le pasó factura provocándole, además del laconismo, un ligero tartamudeo que de vez en cuando se manifiesta traicionero. Heridas de guerra. Lesiones internas de difícil sanación. Cuando salió de la bota tuvo que aprender a vivir en una sociedad que empezaba a construirse con una nueva horma.

—Está bien. Pero no hace falta que te pongas así, carajo —Miquel.

—¿Conocéis la finca del marqués? —pregunta Manel, directo al grano. No espera respuesta, es una pregunta retórica—. La lleva un matrimonio de campesinos. De aquí de Benirrambla, ellos.

Rafel y Miquel mueven la cabeza afirmativamente. Sí, claro, conocen la finca del marqués, todo el mundo conoce la finca del señor ese. Y también conocen al matrimonio que lleva la propiedad, un tío grandote y bonachón y una mujer lenguaraz y vivaracha como rabo de lagartija, y de carácter tan crespo como su pelo. Por supuesto que sí, en el pueblo todos se conocen.

Con movimientos calculados, Manel, empedernido fumador, saca la petaca y se lía un cigarrillo con estudiada

parsimonia. Más para templar los nervios que no para fumar. El tabaco proviene de las colillas y de alguna que otra punta de puro —caliqueños del terreno, en su mayor parte— que recoge del suelo para luego desmontar en casa. Un petardo capaz de hacerle saltar los pulmones por los aires al más pintado. Pero tanto le da morir de espasmo como de garrotillo. Desguaza las colillas pequeñas, las que no puede encender porque se chamusca los labios. Y las grandes, las buenas, las de tres dedos de largo, esas se las fuma directamente. Así tal cual, sin importarle su procedencia. Sabe quién tira las colillas más largas. Y las rutas que sigue. Y cuando las ganas de fumar aprietan sale de caza. El tabaco es su verdura favorita, le quita el hambre, algún día descubrirá que eso mata. Pero mientras tanto llena de humo sus vacíos.

—Pues, había pensado... —Manel mira a sus amigos, especialmente a Miquel, aspira una bocanada y le expele el humo a la cara con un resoplido obligándole a cerrar los ojos. Una bofetada de niebla estomagante. Es parte de su estrategia. Guerra psicológica. Tose dos veces seguidas. Con el dedo corazón se quita de la lengua una minúscula (puede que inexistente) brizna de tabaco. La examina con detenimiento. La dispara lejos, como una canica de hierba, y prosigue, aguantándole la mirada con los ojos entornados por el humo—. He pensado que podríamos hacer correr la voz de que ese tío ha palmado...

—¿Y...? —corta Miquel, quitándose rápidamente el humo de encima con varios manotazos.

—...y meter baza en el velatorio. Controlarlo, vamos. ¿Qué decís a eso? Así bien planeado...

La propuesta de Manel no es tan descabellada como podría parecer, tomada así a bote pronto. La sociedad rural tiene el arregosto de mostrarse solidaria ante las desgracias. Si alguien muere se le vela, no se puede dejar sola a la familia en semejante trance. Y esta, en agradecimiento, agasaja a los veladores con la parva —frutos secos, vino y mistela—, esa es la costumbre. Y cuanto más importante es el difunto; más grande, la lisonja. Todo dependerá del prestigio social del finado y de la hondura de su bolsillo. Y del ánimo de la familia, claro, que al fin y al cabo es la que ha de soltar los cuartos. Hasta café, pastas, caldo de gallina, sopas de ajo y torreznos (si es tiempo de matanza) pueden caer en las grandes ocasiones; que la noche es larga y la benevolencia es mucha. Pero no siempre ha sido así, que de cicateros y roñosos está plagada la cúspide de la pirámide social. Y si el muerto es un bebé —angelitos, al cielo— el velatorio será toda una fiesta. Se cantará, se bailará, se cortejará, se comerá, se beberá, se reirá, porque el alma de la criatura voló directamente al cielo sin pasar por la aduana del purgatorio, pues no tuvo tiempo, el pobrecito, de ofender al Señor en tan corta existencia y eso siempre es motivo de júbilo. Aunque, la verdad, en estos tiempos tan duros en los que llevarse un trozo de pan a la boca es toda una proeza, la costumbre ha ido perdiendo gas paulatinamente hasta convertirse en un añorado recuerdo. En resumidas cuentas: que los velorios de ahora no son como los de antes.

Manel espera que su amigo —siempre racional, analítico y reflexivo— dé el visto bueno. Pero no sucede.

—¿Estás de coña?, eso ya no se lleva —Miquel.

—Aún sí, aunque cada vez menos.

—¿Quién?, dime.

—Pocos. Los ricos. Les va el prestigio en ello. Y no me dirás que un marqués no tiene cuartos.

—Puto te amens —Rafel, mascullando entre dientes.

Al segundo y medio de haberlo dicho se arrepiente, el latinajo ha sonado a taco y no era esa su intención. Ni mucho menos ha querido faltarle al respeto, y menos aún en el estado de excitación en que se encuentra su amigo. Veremos cómo se lo toma.

Miquel es el intelectual del triunvirato. Iba para cura cuando la guerra se llevó por delante sus ilusiones como el viento que despeja el polvo del llano. Ahora, de su vocación no queda nada, solo recuerdos. Y los latinajos que utiliza como herramienta verbal para imponerse a sus tertulianos para marcar las distancias entre la cultura y la rudeza. Y si el sustantivo no está bien declinado y los verbos correctamente conjugados poco importa eso, a él y a ellos. Qué más les da, suena bien, a culto, y con eso basta. Erudición popular. La gente no entiende de letras y lo da por bueno, y a Miquel le sirve, *un lapsus lingue* lo tiene cualquiera. Todavía no ha encontrado, en este sentido, la horma de su propio zapato. Puede que algún día se descubra que muchos de sus latinajos eran una sarta de desatinos, que estaban contruidos, como quien dice, a la virulé. Pero hasta que ese día llegue pueden

pasar años, y a diez años de un suceso el suceso ya no es el mismo.

—Ya empezamos. Habla en cristiano, joder.

Cae dentro de la normalidad que entre ellos se crucen puñales. Caracteres opuestos. ¿Osadía contra prudencia? ¿Vehemencia contra reflexión? Quizá sí. La historia de siempre: el sabio teme, y el necio se atreve, dicen. Y si dicen, es que es. O puede que sea.

—Bien, en cristiano te lo digo, para que me entiendas: que te rechina el perolillo, chaval —responde, esquivando la fumata blanca que Manel le ha vuelto a expeler, y que poco a poco sube revoloteando hasta la luz de una de las farolas de la fuente—. Apaga ese petardo, te estás fumando los dedos. Mejor si te lo comes que si te lo fumas —retomando el tema—. Y el marqués, el *muerto*, ¿crees que no se va a enterar?

—Claro que no, vive a cien kilómetros de aquí.

—¿Y el alcalde...? ¿Y el enterrador...? ¿Has pensado en ellos?

—Al alcalde ya lo conoces. No dirá nada porque estará metido hasta las trancas, ya me encargo. No creo que se le caigan las rayas al tigre por culpa del alcalde. Y si la cosa se complica alegamos que todo ha sido una broma y en paz. Una gamberrada de muchachos jóvenes y eso. En cuanto al enterrador, igual no llegamos a este punto, pero... A ese le va la aventura. Y los retos. De joven era un poco tarambana, ya sabéis lo que hizo con su gato. También le van las cartas. Y los jugadores no miran el riesgo, les gusta. No obstante,

habrá que tantearlo, la gente cambia. Tampoco creo que tengamos problemas con él, la verdad. Ni con su mujer, son tal para cual. Personas duras. Algún día os contaré su historia.

—La sé. Hay un detalle *sin importancia* —Miquel, mordaz, teatral, enfatizando la expresión— que no has tenido en cuenta.

—Suelta.

—A la hora de enterrar, si llegamos a ese punto como tú dices..., ¿a quién metemos adentro?

—Como tú dirías, pero en latín: cuando lleguemos a ese río cruzaremos ese puente.

—O sea, que no lo habías previsto.

—Igual me he expresado mal, quería decir que cada cosa a su tiempo, solamente eso. Claro que lo tengo pensado. Pero...

—¿Pero...?

—Habrà que adaptarse a las circunstancias. Escúchame, en los velatorios no todo es rezar, también hay tiempo para el esparcimiento. Charlar... Cuentos, chistes, anécdotas, chismorreos, chascarrillos... Y con más motivo si la gente bebe a destajo, como en este, no te quepa duda. Mira, mi madre conoció a mi padre en un velatorio, precisamente. Entonces aprovecharemos para dar el cambiazo. Metemos en la caja un par de sacos de tierra, el *muerto* resucita, se cierra el ataúd con cualquier excusa... y ya está.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? ¿Y si no se presenta la ocasión en toda la noche?

—Maniobra de distracción, así de sencillo. Procuraremos que la gente esté pendiente de otra cosa. Como los prestidigitadores del circo, desvían la atención hacia otro sitio y, ¡alehop!, conejo de la chistera. Ya se nos ocurrirá algo.

—¡Ufff...! Mucho riesgo para dos cafés y cuatro roscos.

—¡Que no hay riesgo, joder! Y no serán dos cafés, correrá el vino. Y habrá mucha comida. Jamón, queso y todas esas cosas, ya verás.

—¿Tú qué dices? —dirigiéndose a Rafel que aún permanece cabizbajo.

—... —, nada, ni mu, ni tan siquiera levanta la mirada. Catatónico perdido. Hablará cuando tenga que hablar, él es así. Tiene sus momentos. Subidas y bajadas, bajadas y subidas. Arreones y paradas.

—No lo veo tan fácil —Miquel otra vez, aceptando el silencio de su compañero como respuesta—. Eso es jugar con fuego. Utilizar a la aristocracia así tan a la ligera...

Miquel mueve pesimista la cabeza y mira a Rafel esperando que se manifieste. Pero continúa lánguido. Aunque eso no significa que está en otras coordenadas.

Manel pasa la mano varias veces por delante de su cara, como para despertarlo de su letargo.

—Bueno, di algo, ¿no? ¿O es que vas a estar así toda la noche?

Rafel se toma el gesto en clave de humor, sonrío y mueve la cabeza dos veces seguidas. Eso significa que está de acuerdo.

Manel respira hondo, la cosa va bien.

Miquel reflexiona, valora, calla, espera. No quiere precipitarse. Tiene un argumento muy sólido para no pronunciarse tan prontamente, se llama miedo, y está por encima del hambre y de las correrías en su escala de factores concluyentes. El miedo frena las iniciativas y penetra más hondo que las espadas más afiladas. Miquel pertenece al grupo de perdedores de la guerra civil y está en el ojo del huracán, es pariente de un célebre general republicano y eso impone su cautela.

Miedo. Eso es, miedo.

Y sin tapujos en admitirlo.

Y el miedo marca.

2

Manel Company

La guerra sorprendió a Manel trabajando de pastor en una masía del pueblo.

Un día, cuando se levantó subió hasta la majada y, en vez de emprender las rutinas propias de su menester, con ojo entendido eligió el cordero más tierno del rebaño y, puesto sobre el cuello, bajó al pueblo con una idea fija en la cabeza acompañado de los balidos lastimeros de la pobre criatura. Toc, toc, buenas y se presenta en la consulta del médico con su joven acompañante, así tal cual, como si fuera la cosa más natural del mundo, después sale cojeando del dispensario. ¿Qué pasó? Muy sencillo, que a cambio del ternasco, y de otros regalos que en lo sucesivo fue ofrendando —queso y leche de cabra, mayoritariamente—, el médico le firmó un volante certificando que padecía osteoartritis en fase muy avanzada, “...*este problema origina al paciente Manuel Company Cepeda agudos dolores en la zona pélvica (entiéndase en la cadera) y limita sus movimientos incapacitándole para cualquier actividad física (entiéndase para la guerra)*”. Este cuento lo libró de disparar tiros contra sus hermanos. Así pues, mientras su amigo Miquel se jugaba la vida en la sierra de Pàndols, Manel llevaba a pastar a las ovejas del señorito sin más preocupación que vigilar el rebaño, tocar la flauta y cojear cuando alguien se acercara. El único momento difícil que vivió fue cuando las unidades de combate de la 49 Brigada Mixta pasaron por la finca de camino hacia Xàtiva para

embarcar en un tren con destino a Valencia, y de allí al frente de Teruel. Los militares le requisaron buena parte del ganado, *la tropa tiene que comer, compréndalo, joven, si quiere que liberemos España de los fascistas. Pero... ¿qué le pasa, por qué no está usted en el frente como el resto de españoles de su edad?* Manel tuvo que mostrar —cojeando con más efectismo que nunca— el documento que acreditaba su “grave enfermedad”. El capitán médico dio por bueno el diagnóstico de su colega civil, *profesionalmente no le conozco, pero si es el titular de la plaza debe de ser un buen médico; así pues, lo que él diga, a misa*, pese al aspecto saludable que presentaba el joven pastor. Cuerpo serrano, tez morena, salud de manzana.

En abril del 39 el *enfermo* curó taumatúrgicamente de la noche a la mañana. El mismo médico prevaricador, *muchas gracias, doctor, ¿qué le debo?*, le dio el alta, *nada, hombre, otro corderillo y estamos en paz*. Después, cuando las autoridades locales supieron la patraña miraron para otro lado, al fin y al cabo, aquel episodio significó tener un soldado menos luchando en el bando republicano que siempre es muy de agradecer.

Hoy por hoy, los recuerdos que le trae esta parte de su vida de la que no se siente orgulloso —llamémosle remordimientos— le provocan con más frecuencia de la que él quisiera una suerte de achaque que se manifiesta en insomnio situacional por la noche y retortijones de mala leche durante el día.

Puede adquirir tu copia (en papel o en ebook) de

“Yo Pongo el Muerto”

en [esta página](#)

Para cualquier información

info@edicionesalfeizar.com